

N.º 31

DANIEL.

ESTUDIO POR ERNESTO FEYDEAU.

(Continuacion.)

Con la introduccion en escena de los tres personajes que la misma pluma de Feydeau acaba de describir, toma la novela otro carácter.

Daniel concluye por enamorarse de Luisa, á quien salva juntamente con su madre de segura muerte, una noche que se incendia el hotel en que vivian; la lucha que se libra en su corazon no le saca victorioso de aquella prueba, sino que echa en su alma seca la semilla de un amor apasionado.

He estudiado profundamente esta fase de la vida de nuestro personaje, y sin alardear de pudibundo ni escrupulizar de moralista, no dudo en condenar su proceder, que cuando menos acusa una debilidad de carácter, funesta y dolorosa. El amor de Daniel entra por grados en su corazon. Vé á Luisa por primera vez á orillas del mar, y el grito que se escapa de la garganta de aquella niña y que revela una comunidad de sensaciones en ambos, vibra los sentimientos dormidos de su pecho, mas tarde vuelve á hallarla en el mismo hotel en que él vivia y por un lienzo de rota tapiceria contigua á su cuarto la sor-

prende en piadosa oracion, finalmente una noche voráz incendio consume el edificio en que él y la familia de Grammont vivian, puede evitar los efectos de aquella catástrofe y no lo hace porque acaricia la insensata idea de morir con Luisa y que ya que ésta no puede ser suya en la tierra no lo sea de nadie; pero un grito desgarrador de su amada lo arranca á su desesperada resolucion: penetra por las llamas y la salva depositándola en sitio seguro, vuelve á aquel lugar de muerte y consigue librar tambien á la baronesa. Desde este dia el vínculo de la gratitud liga á aquellas tres personas con Daniel; se establece entre ellos una amistad necesaria y el trato íntimo acaba de completar la obra de aquel amor ayer iniciado y ya poderoso y fuerte.

Como se vé Daniel no trató de oponer un dique ni siquiera una prudente distancia á su pasion; se dejó conducir por ella sencillamente sin tomarse el trabajo de reflexionar que con el contacto de su platónico afecto, nada mas que con esto, ajaba aquella flor delicada y pura; abría para ella el inmundo estercolero de una prostitucion irremediable, ó la petrificaba en las vías del deber, la privaba hoy del sol, mañana del aire, la asfixiaba, arrancándola quizá á un porvenir de amor tranquilo y dulce, rodeado de las delicias del hogar, del cariño de los hijos, de la proteccion de un esposo amante.

El corazón es egoísta, el amor no razona, se me dirá. Es cierto; pero no son idénticos los móviles que animan á un corazón entusiasta, que lo anhela todo para el objeto de su amor, desde el buen nombre hasta la felicidad, y los que se traducen en el alma de quien no es dueño de si mismo porque está ligado á otra mujer. Comprendo que los arrebatos de la pasion muevan el corazón de un hombre hasta el heroísmo ó hasta el crimen, esto no es nuevo; pero lo que no cabe en mi inteligencia es que deliberadamente, en posesion de todas las facultades del alma, haya quien se deje arrastrar al precipicio arrastrando tras si una víctima inocente. Esto para decirlo de una vez es la depravacion. Es preciso distinguir entre el amor mas ó menos violento que se funda en disposiciones iguales y que no puede tropezar con obstáculos que impidan el cumplimiento de deberes,

sagrados, y el que lleva á la prostitucion. Si á Daniel nose le ocurrió esto no sería porque su profundo desden por las grandes miserias sociales se lo vedára; moralista de aquella fuerza bien debió pensar en ello y no aumentar el catálogo de los humanos desaciertos con un desacierto más.

Pero entonces no hubiera sido hombre, hombre de este siglo y de esta sociedad.

El nudo de esta novela es el siguiente:

Luisa estaba prometida por el conde de Grammont, cuyo carácter se sintetiza diciendo que era *un hombre de mundo*, á un ginebrino millonario, hijo de un usurero, y de alma pequeña y odioso carácter, llamado Cabáss. Luisa no amaba á este hombre que le fué verdaderamente insoportable desde el momento que conoció á Daniel y experimentó por él el sentimiento de la amistad, precursor muchas veces en la mujer del sentimiento del amor. Encontrábase á la sazón en Trouville un amigo de Daniel llamado Georget, hombre superficial y nulo, que sin talento ni apego al trabajo soñaba con los placeres del lujo y el bienestar de la riqueza, y que aspiraba sin títulos ningunos á la mano de Luisa porque creia éste, medio apropósito para sus fines.

Se comprende sin trabajo que amando Daniel á Luisa, tarde ó temprano había de entablarse la lucha entre estos tres personajes; y así sucedió en efecto.

Un día aquella interesante niña quiere penetrar la secreta causa de la tristeza de Daniel; éste se esfuerza en ocultar sus dolores; pero vencido por la persistencia de Luisa cae á sus piés murmurando: «mi pesar se encierra todo entero en estas palabras: te adoro, y soy casado.»—Después de esta escena Luisa trata de resistir aun; todo es en vano yá, su inocente corazón está vencido; pertenece á aquel hombre, y su silencio, su

cuidado en no dirigir la palabra á Daniel, en huir de su lado, la venden.

Llega el día en que Cabáss vuelve á Trouville á exigir el cumplimiento de la palabra entablada. Vá á cumplirse el término de un plazo puesto por el conde al ginebrino, con objeto de que en este espacio de tiempo Luisa consulte su corazón y se decida en pró ó en contra de su unión con Cabáss; Fernando de Grammont teme que su sobrina rechace el brillante partido que se le presenta y ruega á Daniel,—¡á Daniel!—que persuada aquella voluntad cuasi rebelde. Nuestro héroe acepta el penoso mensaje y aprovecha una situación proyectada por el conde y él para dar comienzo á sus admoniciones. Sólo en medio de la playa Luisa y Daniel, jugando aquel insensato con su propio corazón, haciendo mas honda la llaga de sus sufrimientos morales, trata de convencerá su amada aunque en vano á, que acepte una resolución que bien mirado habia de causar su muerte. La conferencia toma un giro distinto, aquellos pechos comprimidos acaban por desbordarse y Luisa en el paroxismo de la pasión no oculta su amor á Daniel. Desde este momento el velo queda descornado; lo que hasta allí habia permanecido latente y oculto tomaba forma tangible, se amaban á la luz del sol.

De rodillas ante Luisa se entregaba Daniel á los trasportes de su amor besando aquellas manos adoradas, cuando un grito sacó á ambos de su éxtasis.

El conde y Cabáss estaban detrás de ellos.

Aquel desenlace hizo imposible el proyecto del ginebrino; pero Daniel no se separó del lado de Luisa para morir á manos del novio ó del pariente indignado, nada de eso: de una conferencia habida entre el conde, Luisa y Daniel resultó que aquellos dos corazones quedaban unidos ante Dios por el mas puro de los amores, ya que no ante los hombre; el conde bendijo á

ambos amantes y lo único que exigió fué que Daniel abandonase á Trouville.

La conferencia de que acabamos de hacer mencion pone de relieve los alarmantes síntomas de esa lepra moral que amenaza corroer la sociedad francesa. Para honor nuestro el carácter español, aunque desvirtuado, no ha descendido tanto. El Conde de Grammont, aquel gran corrompido, empieza por discutir la situacion creada por Daniel, la rechaza, la condena; pero con sus principios egoistas y dudosos. Quiere que aquel amor termine; pero cuando obtiene una negativa por resultado, invoca la conveniencias sociales.

—Es decir,—exclama Daniel.—que si ella estuviese casada y yo fuese su amante no usariais ese lenguaje?

—Eso seria diferente,—contesta el Conde.

Y á reglon seguido arguye refiriéndose á la pasion de Daniel:

—Hay cosas que nunca hacen las gentes de honor!

¡Honor deleznable!—objetoyo.

Conociendo Fernando de Grammont que era imposible separar aquellas dos almas, dice:

—Por tí Luisa como por tu madre no debes volver á ver durante mucho tiempo, al menos, al hombre por quien tan locamente, y apesar mio, acabas de sacrificarle. Ah!—esclamó tratando de separarlos y sollozando al mismo tiempo,—seguid amándoos; yo no trato de contrarestar vuestros sentimientos; pero amíos desde lejos, en la ausencia; el honor lo exige. Debeis pensar tambien un poco en mi posicion,—añadió con reproche,—me atormentais, me fatigais, envenenais mi reposo!—Veamos, Luisa, no harás nada por mí? y vos Daniel?.

Aquí podria terminar este juicio bien seguro del fallo de mis lectores; la obra queda juzgada evidenciando seme-

jante escena; pero prefiero ir hasta el fin: podria tomarse por un detalle de la novela la decision del Conde y quiero poner de manifesto los errores en que todavia menudea el estudio de Ernesto Feydeau.

La separacion se lleva á cabo y Daniel regresa á Paris. Un dia recibe una carta de Luisa en que le participa que la adhesion de Conde habia sido fingida y que este quiere casarla (siempre por las conveniencias sociales) con Georget. Daniel fuera de sí se dirige á casa de su amigo con objeto de interrogarle, y alli sorprende un secreto de Georget que ignoraba: el fastuoso *gommeux*, era pobre, su ajuar ostentaba un brillo falso, sus cuadros, sus objetos de arte, cuanto habia en aquella casa disfrazaba una pobreza vergonzante. Entonces Daniel concibió el proyecto de comprar á Georget, es decir, de dar á Luisa un esposo nominal.

La proposicion sorprendió y nada mas á Georget, que ante el cuadro de riquezas y bienestar que desplegó á sus ojos Daniel acabó por aceptar.

Daniel hacia donacion á su amigo de toda su fortuna, de su palacio, de sus cuadros, de sus tierras de Presle que vallian cinco millones de reales, Georget en cambio hacia donacion de su nombre y de su mujer, como Liancourt lo hizo de Gabriela d'Extreés en Enrique IV; pero estas cosas que no condena la adulacion de la historia en los reyes, son odiosas entre los hombres de honor. El amor mismo no puede conducir á nadie á esta resolucion dolorosa sin deshonrarlo; el sacrificio es superior á esa mistificacion, participa de una suerte de poesia que no existe en la bajeza.

La obra de que vengo ocupándome es una exposición de las costumbres francesas que se relacionan con el corazón; así es que el acuerdo establecido entre Daniel y su amigo no es una solución ni con mucho. Fracasa el proyecto de matrimonio rechazado por el noble corazón de Luisa, que antes que prestarse á jugar el papel que la desesperación de su amante le propone, prefiere el tormento de un amor sin esperanza.

—Quitad.—dice á Daniel,—la pena os vuelve loco. Somos dueños de disponer de nuestro corazón, de nuestra existencia; pero no de nuestro honor. Consentir en esto?... ¡Jamás!

Daniel pretende entonces que le siga; en la fuga esta la felicidad.

—Y mi madre?—exclama Luisa.

—Esperaba esa palabra terrible,—grita Daniel.—He ahí porque quería compartirla!

La fatalidad tiene poderosos auxiliares que desembarazan su acción de todo obstáculo; genios invisibles que se alimentan del llanto que producen ó de la sangre que vierten; horrible cortejo que vive de la muerte.

Cuando el misterioso dedo de la fatalidad señala una víctima este ejército infernal la cerca, y con sus impalpables manos unos la empujan, otros la hieren, aquellos la sueltan, estos la toman, hasta que logran derribarla; entonces la terrible deidad se adelanta y descarga el último golpe; después todo concluye y lo que acontece desde aquel momento se opera mas allá del límite que mis humanos ojos pueden penetrar.

Daniel y Luisa debían ser inmolados en aras de la fatalidad; no descendamos ahora á juzgar las causas; y porque debían ser víctimas todo conspiraba á perderlos.

Una noche Cabáss en una cena de jóvenes, faltando á la palabra que empeñara á Daniel, descubre los amores de su ri-

val y de Luisa; esto al otro día se trasluce fuera y llega á los oídos del Conde que desafía al ginebrino.

Fernando de Grammont muere á manos de Cabáss.

Siguen acumulándose las desgracias.

Mad. Torreins, suegra de Daniel, quiere á todo trance volver á unir á su hija con su yerno; á este fin le envía un emisario que nada logra; despechada con este resultado se pone de acuerdo con Georget y Cabáss y un día se presenta en el palacio de Grammont con objeto de reprochar á la madre de Luisa que permitiese en su casa, con perjuicio del buen nombre de su hija, la presencia de Daniel.

La escena es breve y terrible. La baronesa empieza por sorprenderse del lenguaje de aquella mujer; pero Mad. Torreins no se amilana y acaba por amenazar con el escándalo. La baronesa arroja de su casa á la suegra de Daniel que sale altanera, soberbia, amenazadora.

Llega Daniel á los pocos instantes é impuesto de todo corre á casa del ginebrino única persona en quien podía descargar su cólera; pero cuando dá su nombre le contestan que Cabáss no está visible. Pide entonces una conferencia á su suegra y logra ser recibido al día siguiente.

En casa de Mad. Torreins encuentra á todos sus enemigos prontos á atacarle; allí estaban su suegra, Isabel, Cabáss y Georget. En la lucha que se entabla los confunde á todos; vence el cinismo de su mujer; arroja á la calle á Cabáss y á Georget y humilla á Mad. Torreins con quien sin embargo conviene que volverá á unirse con Isabel, pero solo para el mundo. Esto era lo único que pedía la madre de su mujer y queda satisfecha. A este precio compra el reposo, la vida de Luisa.

Como Daniel no volviera aquel día al palacion de Grammont, y Georget se presentára en él á contar la reconcilia-

cion de su amigo con Isabel, aquellas dos mujeres sobrecojida la una de espanto, de admiracion por semejante desenlace, y la otra con la muerte en el alma, abandonaron á París partiendo para sus posesiones.

Ha llegado el momento de decir que la baronesa habia traslucido antes de la violenta escena de Mad. Torreins, los amores de Daniel y Luisa; pero aquella mujer no podia hacer ya nada contra pasion tan poderosa. Sintióse á su vez dominada por la pureza del afecto que Daniel abrigaba por su hija y con una grandeza que solo cabe en el corazon de una madre, aceptó la situacion tal y como la suerte se la deparaba.

Luisa entretanto se moria; matábala el aneurisma.

Habia que vengar una terrible ofensa inferida en la baronesa á Luisa, y Daniel llenaba este deber uniéndose nuevamente á su esposa, causa de todas sus desgracias. Verdaderamente esto debió obrar de una manera horrible en el corazon de ambas mujeres; huyeron de París; era el único recurso que les quedaba, no volver á ver nunca á Daniel.

Este, entretanto, se presenta en casa de la baronesa al siguiente dia con objeto de explicar su conducta; allí le dicen que las señoras han partido; inquiere los móviles de aquella inesperada resolucion y sabe que Georget habia estado allí la víspera...

Corre á las posesiones de Grammont. En el camino encuentra un correo que se dirige á París en busca de médicos: Luisa se muere. En efecto, el aneurisma ha hecho grandes pro-

gresos en algunas horas y el corazón que golpea fuertemente aquel pecho delicado ha aumentado su volumen hasta el punto de querer abandonar su recinto.

La consulta médica dá su fallo: Dios ha decretado no la muerte de aquel ángel, sino un cambio de residencia, por la tierra el cielo.

La pluma de Feydeau hace aquí prodigios pintando la muerte de Luisa ¡qué manera de describir! ¡qué estilo! ¡qué magia la de su frase!

Concluyamos.

Luisa muere y Daniel no puede sobrevivirla.

Una noche desciende al panteon que guarda los restos de los ascendientes de Luisa, levanta la losa del sepulcro de su amada y se entierra vivo con ella; pero como ha visto que un fiel servidor suyo lo expía, se atraviesa el corazón con un cuchillo, y muere....

Cuando entraron en el mausoleo los servidores de la casa, vieron que el sudario de Luisa estaba inundado de sangre; Daniel rodeaba con uno de sus brazos el cuello de la inocente virgen y sus labios desfloraban su mejilla. Estaba tan pálido el uno como la otra; parecía que un solo golpe los había matado á un tiempo.

JOSÉ M.^a CROUSEILLES.

(Se continuará.)

EL MOVIMIENTO CONTÍNUO.

En varias ocasiones hemos juzgado, como se merece, este delirio de tantos inventores cándidos, y de tantos empresarios aun más cándidos que los mismos inventores. Mas por lo visto, nuestra buena tierra de España, tan rebelde en otros géneros, muéstrase en este dócil y fecunda, si las hay.

Es, en efecto, cosa averiguada, que el movimiento continuo se descubre aquende los Pirineos, por término medio, des ó tres veces al año, alternando con la cuadratura del círculo ó con otras maravillas de este jaez, que procuran justa, aunque pasajera celebridad, á los modernos discípulos del ilustre sábio gloria del inmortal Cacavelos.

El empeño que muestran en resolver este problema tantos aprendices de mecánica como andan espaciados por la Península, no solo causa grave daño á los mismos inventores, porque en tan estéril trabajo se les vicia y seca la inteligencia; no solo perjudica á los que, en vez de llevar su dinero á las cajas de ahorros, lo emplean en alentar semejantes desatinadas empresas; sino que sobre aquello y esto da tristísima idea del estado intelectual de nuestro país. Por eso nos duele que, cuando aparece en el horizonte algun nuevo descubridor, la prensa, cuya alta mision civilizadora todo el mundo reconoce,

se muestre indiferente por lo ménos, y con la mayor naturalidad, sin una palabra de censura, y como si se tratara de cosa corriente, anuncie que un D. H., herrador de profesion, ó un D. K., oficial carpintero, dió al fin allá en el rincón de su pueblo con el famoso movimiento, que en su consecuencia se ha constituido la correspondiente sociedad explotadora, y que ya la quina está en vias de ejecucion.

Pero es el caso que el movimiento continuo se descubrió mucho tiempo há. Con movimiento continuo gira la tierra alrededor del sol, y la luna alrededor de la tierra; y tierra, luna y sol caminan por el espacio.

Con movimiento continuo soplan las grandes corrientes atmosféricas sobre nuestro globo, y van al mar las aguas de los rios, y sube y baja en el Océano la palpitation de la marea.

Con movimiento continuo se organizan los agentes inorgánicos en el vegetal, pasan á dar nutricion á los animales, y al morir el sér organizado tornan á su primitiva esfera mineral.

Todos estos, y mil otros que pudieran citarse, son movimientos continuos que Dios se tomó el trabajo de inventar para tranquilidad de los aficionados, y que realizó por manera infinitamente perfecta en la gran máquina de los mundos.

El movimiento continuo existe, pues; y tan existe realizado y palpable, que lo único de que no hay ejemplo es de un *movimiento no continuo*.

Pero no es este el que buscan los que á semejantes elucubraciones consagran sus mal aventurados ócios, ó sus no mas felices ahorros: una aplicacion industrial gratis, un motor que nada cueste, intereses reales y efectivos para un capital nulo: piedras que se conviertan en oro, riqueza creada sin trabajo etc.; tras esto van dicbos descnbridores y empresarios, y esta es la nueva Jauja que sus imaginaciones extraviadas han querido colocar en el centro mismo de la ciencia: mal sitio para desatinos, y mal sitio para especulaciones.

Y es gran desgracia la suya, porque aun aqui llegan tarde.

No otra cosa ha sido, es y será la *industria*: economizar

trabajo humano, aprovechar las potencias naturales, convertir los movimientos continuos de la naturaleza en movimientos útiles, es su gran obra; pero obra emprendida y realizada por buen camino, en muchos siglos con el trabajo y la ciencia; no á ciegas, sin la capacidad intelectual necesaria, y queriendo conciliar de una vez empresa que es infinita.

¿Hay en la naturaleza movimientos continuos, ciclos que nunca terminan, potencias inmensas? Pues claro es que aquellos y estas podrán aprovecharse en la industria.

Un rio es agua que siempre corre: pues pongamos una rueda de paletas contra la cual choque la corriente, y mientras no se rompa y vaya agua por el cáuce, y de que vaya se encargan el sol, los vientos y la gravedad, girará la rueda, y tendremos no solo movimiento continuo, sino un motor inagotable que es lo que en rigor nos interesa.

El aire rara vez está en reposo, sobre todo en ciertas localidades; pues sumerjamos grandes aspas giratorias en la atmósfera, como en el rio sumergimos la rueda, y mientras sople el viento tendremos fuerza motriz á nuestra disposicion.

Más aun; engáñchese una caballería á cualquier palanca análoga á las que se usan en las norias; hágase marchar al animal; sustitúyase por otro cuando se canse; repóngase cuando se muera, y es receta probada para obtener el movimiento continuo mientras existan motores de sangre; y tendremos estos en tanto no se acaben las yeguas, que no faltarán á ménos que se sequen los pastos, y pastos en el campo significan agua, y agua (salvas excepciones) no ha de escasear con océanos, evaporacion y cambios de temperatura.

En resúmen, la naturaleza toda es un constante é inagotable movimiento continuo, una corriente infinita en que estamos sumergidos y en que bebemos vida y fuerza, como toma en ella la industria fuerza y vida para sus admirables trabajos.

Resuelto se halla el problema; y sobre resuelto, explotado con gran ventaja de la humanidad.

¿Es esto todo lo que buscan los descubridores á quienes consagramos el presente artículo? Algo de esto es, como he-

mos dicho; pero no por el camino recto, sino por un atajo que, ó no concluye nunca, ó termina, y es término natural en cualquier maniconio de la península.

Tratan todos ellos—es decir, los inventores del movimiento continuo—de construir una máquina que, sin recibir impulso extraño, ni golpe de agua, ni fuerza de viento, ni calor de combustible, etc., etc., por sí sola y por su propia virtud, que mucha se necesitaria para ceder á semejantes deseos, se mueva por los siglos de los siglos.

Pero de estas máquinas, salvo un ligero inconveniente, hay varias, y una de las más sencillas es el *péndulo*.

Si no existiese el aire, ni los rozamientos, ni en general las fuerzas que se llaman resistencias pasivas, cualquier péndulo, el más sencillo, el más tosco, un baston, un hilo con una piedra atada en la punta, etc., etc.; oscilando alrededor de uno de sus extremos, realizaria el movimiento continuo. Tanto como subiese por un lado subiria por el otro, sin término ni fin en sus oscilaciones; pero como la supresion de dichas resistencias es una hipótesis ideal, como está en la naturaleza de las cosas que dos cuerpos en contacto rocen, y que el aire sea un medio resistente, hé aquí por qué cada vez sube menos el péndulo, por qué sus oscilaciones se acortan y al fin concluye por venir á la direccion de la vertical.

Para vencer estas dificultades, y como motor que compense en cada instante las resistencias del aire y del eje, lleva todo reloj, ó una pesa ó un resorte, y cuando aquella ha llegado á su punto inferior, ó cuando este se ha extendido por completo, es preciso *darle cuerda*.

Esta operacion no es en el fondo otra cosa que acumular en el mecanismo la potencia necesaria para vencer las fuerzas resistentes que han de desarrollarse durante veinticuatro horas, ó dos, ó quince dias, ó un año tal vez.

¿Se le ocurre á ninguna persona de buen sentido que el péndulo pueda ser una máquina de movimiento continuo? No, en verdad; y sin embargo, casi todas las máquinas que con este fin se inventan, son verdaderos péndulos, sea cual fuere su

complicación. Sin resistencias pasivas todas estas máquinas resolverían el problema; en la realidad de los hechos todas se paran, á ménos que algun resorte oculto, como á veces ha sucedido, ó alguna pila eléctrica no venga en ayuda del inventor.

Pero supongamos—hipótesis absurda—que el aire no opone resistencia, que los cuerpos son infinitamente duros y no rozan unos contra otros; en una palabra, que se anula ese desgaste continuo de todo movimiento: ¿bajo el punto de vista industrial se habrá conseguido algo? Nada: absolutamente nada. Si en la industria se elaboran productos, es consumiendo fuerza: el trigo que se muele; las telas que se tejen; el hierro que se funde; las mercancías que se trasportan; el campo que se cultiva; todas estas faenas sociales suponen caídas de agua, máquinas de vapor, combustible en el hogar, acciones musculares, es decir, fuerza, y fuerza, y mil veces fuerza. Y tanta más fuerza, cuanto mayor es el trabajo que ha de ejecutarse: si para moler una fanega de trigo se necesita caballo y medio de vapor, para moler dos fanegas se habrán de consumir tres, y seis para moler cuatro, y seiscientos para convertir en harina cuatrocientas fanegas, y así sucesivamente. De modo que en la industria no se necesita un *movimiento continuo*, sino una *potencia continua*: agua de los rios, que nunca se acaba; aire, que siempre sopla; carbon, que por cantidades inmensas almacenó nuestro globo en los grandes períodos geológicos; animales fuertes y robustos como la mula, el buey, el elefante, el búfalo, que en la madre tierra encuentran vida y músculos.

Pero gasto constante de fuerza, supone provision continua: este es el problema. ¿Lo entienden así y lo resuelven de este modo los inventores? No: todas las máquinas que inventan, aunque correspondiesen á las esperanzas del autor, serian inútiles. En todas hay *un peso* (ó varios, pero lo que digamos de uno, pudiéramos decir de mil) que cae, y al caer es la fuerza motriz del mecanismo: pero como no puede seguir cayendo indefinidamente, preciso es que vuelva al punto de partida, para comenzar de nuevo su descenso. Y es el caso que toda la po-

tencia que bajando desarrolló, la necesita para subir, sin que le sobre la más mínima parte: es fuerza motriz cuando descien- de, pero es resistencia cuando se eleva, y ambos efectos se compensan matemáticamente: ¿dónde está aquí esa fuerza con- tigua, inagotable que exige la industria?

¿Dónde el sobrante que utilizar?

Si la máquina, ni aun á si misma puede darse movimiento, porque como hemos dicho mil veces, las resistencias pasivas lo destruyen, ¿cómo podrá ser potencia industrial?

Imposible parece que no fijen su atención en cosa tan sen- cilla los inventores del movimiento continuo.

Por muchas ruedas y poleas, hilos y palanca que combi- nen, todo este conjunto será inerte, será estéril para la indus- tria, será un verdadero absurdo mecánico.

Pongámosle en comunicacion con un molino harinero, y supongamos que salen de las piedras una, dos, diez, cien mil fanegas de trigo hecho harina: este es un efecto; pero todo efec- to supone una causa: ¿dónde está esa causa? ¿dónde la fuerza que rompió el grano y lo desmenuzó? ¿Es por ventura aquel peso que cae? ¿pero cómo, si ni aun consigo mismo puede?

Trabajo efectuado supone trabajo consumido, y este no existe en el ejemplo actual; conque en último análisis, los in- ventores del movimiento continuo lo que pretenden es *crear fuerza*.

Producir efectos sin consumo de causas equivalentes, ha- cer algo sin gastar algo, sacar fuerzas de la nada, que es mu- cho más que sacar fuerzas de flaqueza, son los propósitos de es- ta desventurada clase de inventores; y si tales propósitos son racionales, si hay en ellos un átomo de sentido comun, dígalo quien conserve el suyo á salvo de semejantes delirios.

El hombre nunca crea materia, nunca crea fuerza; no ha- ce otra cosa que reunir, separar, y dicho en una palabra, tras- formar.

Pero crear! pero sacar algo de la nada! pero dar este poder soberano á unas cuantas ruedas ó palancas de hierro reunidas con más ó ménos simetría! pero dejarlas abandonadas á si pro-

pías y suponer que van á engendrar fuerza porque el inventor les diga: «Fecundad la nada.» Tamaños desatinos no merecen ni aun refutación seria.

Basta con que se sepa:

- 1.º Que el movimiento continuo existe.
- 2.º Que las resistencias pasivas se oponen á que llegue á realizarse en la forma y del modo que los inventores pretenden.
- 3.º Que aun cuando fuesen verdaderas máquinas de movimiento continuo las que proyectan, serian completamente estériles bajo el punto de vista industrial.
- 4.º Que pretender que en la industria se aproveche el movimiento continuo, es tener la pretension de crear fuerza indefinidamente.
- 5.º Que el hombre no puede crear ni materia ni fuerza; todo su poder está limitado á transformar una y otra.

J. ECHEGARAY.



MADRIGALES.

Esperaré con temor
que decidas de mi suerte,
como enfermo que al dolor
no vé término mejor
que la calma de la muerte.
Mas si tu amor estimára
que yo á despecho viviera
de mal que nadie sanara,
si por tí muerte tuviera,
tambien más vida logrará.
Porque si es vivir, sufrir
y sufrir es penetrar
los abismos del sentir,
lograré por tí al morir
mi existencia dilatar;
y en esta renovacion
de vida y muerte, estender
su dominio mi pasion,
al infinito poder
de su eterna aspiracion.

Renunciar á tu amor me aconsejára
el que aspirando á dicha más oscura,
de cegar temeroso no afrontára
del claro sol la intensa lumbre pura;
mas si elevase su ambicion vehemente
se juzgaria al escalar la altura
más digno de mirarle frente á frente.
Icaro yo, te admiro desde esa
region abrasadora de tu cielo
y abatiré mis alas en pavesa,
para que juzgues por mi amante empresa
la magnitud de su atrevido vuelo.

Presumo con esperar
de mi amor el vencimiento,
pues no me es dado triunfar,
que así consigo acallar
la voz de mi sentimiento;
y al sufrir en mí latente
su agitacion imperiosa,
quiero á un impulso vehemente,
oponer la razon, fuente
de la verdad rigurosa.
Impia es la conclusion
que me dá para consuelo:
mi pecho sin tu pasion
sería luz sin un cielo
y sin gloria, salvacion.

Tu corazón que me condena al rudo
desden é indiferente no se inflama,
yerto contigo y abrasarme pudo,
es pedernal que herido de un acero,
le dá su oculta llama
y no se quema en el ardor que muero;
para que en él te sientas encendida
celo acariciador pondré constante
hasta hallar de tu pecho que lo anida
en su seno de amor, fino el diamante.

Con amor el pajarillo
busca en el monte al cruzar
por su perfume sencillo,
la rama donde anidar
entre el romero y tomillo.
Mi alma que en la elevacion
vuela de la fantasía,
viendo que otra creacion
más bella no encontraria,
puso en tí su corazón.
Pájaro y alma pudieran
ufanarse dulcemente
del regazo que eligieran,
si por dicha en él tuvieran
su morada eternamente.
Mas, ay! si osa destruir
del ave placer y amor
la segur del leñador,
no dejes mi alma morir
al dardo de su dolor!

ATENODORO MUÑOZ.

LOS NACIMIENTOS ILEGÍTIMOS EN ESPAÑA.

Hay una clase de actos que condenan á un mismo tiempo le religion y la sociedad, y que, sin embargo, la ley no castiga, sin duda porque víctimas y cómplices suelen aparecer en ellos confundidos. Tales son las uniones ilegítimas, que despues de llenar de infamia á una mujer y de penas la vida de un sér inocente, causan á la sociedad males de suma consideracion en todas las esferas. Independientemente del trastorno profundo que llevan al seno de las familias, cuyas buenas costumbres constituyen la principal garantía de la moralidad pública, independientemente tambien del peligro que para la sociedad envuelve la viciosa educacion que suele recibir quien no conoce á sus padres, las uniones ilegítimas producen grandes pérdidas en las fuerzas sociales. Entre los niños que vienen muertos al mundo, el mayor número corresponde á los hijos ilegítimos; la mortalidad de estos en los primerós años de la vida alcanza cifras verdadaramente pavorosas; el sexo masculino que, por una sábia ley de la naturaleza, aparece constantemente en mayoria entre los nacidos, por ser el elemento activo por escelencia, al mismo tiempo que el de existencia más corta, pierde mucho de esta superioridad entre los hijos natu-

rales, y el matrimonio, una de las fuentes más abundantes de moralidad y de riqueza con que las naciones cuentan, no tarda en hacerse infrecuente en donde los nacimientos ilegítimos abundan.

Afortunadamente España es uno de los países donde se registran menos hijos nacidos fuera de matrimonio según demuestra el siguiente cuadro que hemos formado con los documentos oficiales más recientes:

HIJOS ILEGÍTIMOS POR CADA 100 NACIMIENTOS.

Baviera.	20·92	Prusia	8·36
Portugal	15·84	Noruega.	8·33
Sajonia.	15·40	Bélgica.	7·65
Wurtember.. . . .	12·79	Francia.	7·54
Dinamarca.	11·48	Inglaterra	6·49
Austria.	10·90	España	5·40
Hannóver.	10·23	Italia.	5·10
Escocia.	10·00	Holanda.	4·22
Suecia.	8·79	Rusia.	4·00

Pero á pesar del ventajoso lugar que ocupa nuestra patria en el cuadro que antecede, son verdaderamente dolorosas las siguientes cifras expresivas de los nacimientos ilegítimos registrados anualmente en España desde 1858 á 1866.

AÑOS.	HIJOS ILEGÍTIMOS.
1858.	30,040
1859.	31,131
1860.	32,222

1861.	34,125
1862.	33,416
1863.	32,997
1864.	34,458
1865.	33,227
1866.	33,140

Comparadas las cifras de 1866 con las correspondientes á 1858, parece resultar que la inmoralidad que representa el número de hijos ilegítimos va en aumento en nuestra patria, como sucede en el extranjero; pero no es así. El aumento que en absoluto han recibido los hijos habidos fuera de matrimonio se debe al que ha recibido la población en general y el número total de nacimientos; así es que relacionados aquellos con los nacidos de matrimonio, resultan constantemente en cada uno de los nueve años consignados, 17 hijos legítimos por cada ilegítimo.

De suerte que, ya que no disminuya en esta parte la inmoralidad que manifiestan las anteriores cifras, al ménos no aumenta, y sirvanos esto de consuelo, con tanto más motivo cuanto que la opinion general es que nuestras costumbres empeoran de año en año en nuestra patria.

Hay, sin embargo, provincias en España que ofrecen en este punto dolorosísimas cifras, sobre las cuales nunca se llamará bastante la atención de los que tienen el deber de moralizar el país. Véanse sino las primeras cifras de la siguiente escala referente al año 1866, y que guarda perfecta analogía con los datos recogidos en años anteriores:

NACIMIENTOS LEGÍTIMOS POR UN ILEGÍTIMO.

- 5 Lugo y Madrid.
- 6 Coruña y Pontevedra.
- 7 Cádiz y Canarias.
- 9 Orense.
- 12 Sevilla.

- 15 Oviedo.
- 16 Huelva, Leon y Salamanca.
- 18 Córdoba.
- 19 Valladolid y Zaragoza.
- 20 Jaen, Málaga y Zamora.
- 21 Barcelona y Granada.
- 23 Santander y Valencia.
- 24 Albacete.
- 25 Cáceres.
- 26 Badajoz.
- 27 Guipúzcoa.
- 30 Almería, Ciudad-Real y Huesca.
- 31 Avila, Baleares y Toledo.
- 34 Alava y Vizcaya.
- 35 Navarra.
- 36 Murcia.
- 40 Cuenca.
- 43 Gerona.
- 48 Guadalajara y Tarragona.
- 49 Alicante.
- 50 Teruel.
- 52 Segovia.
- 53 Búrgos.
- 54 Logroño y Palencia.
- 56 Soria.
- 62 Lérida.
- 92 Castellon.

Las precedentes cifras revelan, en efecto, una gran inmoralidad bajo el punto de vista de las uniones ilegítimas en algunas de nuestras provincias, especialmente en las que forman los antiguos reinos de Galicia y Leon, en las de Madrid, Oviedo, Canarias y en la mayor parte de las andaluzas.

El hecho, sin embargo, presenta proporciones aun más desconsoladoras cuando se estudia en las capitales de provincia como manifiesta la siguiente escala:

HIJOS LEGÍTIMOS POR UNO ILEGÍTIMO.

- 2 Cádiz, Canarias y Coruña.
- 3 Leon, Orense y Toledo.
- 4 Gerona, Lugo, Madrid, Pamplona, Pontevedra, Salamanca y Valencia.
- 5 Badajoz, Córdoba, Cuenca, Sevilla, Valladolid, Zamora y Zaragoza.
- 6 Almería, Barcelona, Granada y Soria.
- 7 Bilbao, Jaen, Málaga y San Sebastian.
- 8 Avila, Ciudad-Real, Guadalajara, Huesca, Logroño y Teruel.
- 9 Búrgos y Huelva.
- 10 Santander y Vitoria.
- 11 Alicante, Lérida y Tarragona.
- 13 Baleares.
- 17 Palencia.
- 19 Albacete.
- 20 Oviedo.
- 24 Murcia.
- 27 Castellon.
- 35 Cáceres.

Pero es necesario tener en cuenta para no exagerar el juicio que se forme de la inmoralidad de nuestras capitales de provincia comparadas con sus respectivas demarcaciones, que muchos de los hijos ilegítimos concebidos en estas figuran entre los nacidos en la capital, ya porque el deseo de ocultar su deshonor aconseja á las jóvenes á trasladarse á las ciudades populosas, ya tambien porque se llevan á las inclusas, establecidas en las mismas, gran parte de los nacidos fuera. Es preciso, sin embargo, convenir en que la mayor inmoralidad se encuentra en las grandes poblaciones, donde el libertinaje de los hombres, los incentivos del lujo el mal ejemplo y la facilidad de que la falta permanezca ignorada para el público, ofrecen á la virtud de la mujer peligros que no existen en los campos ni en las pequeñas poblaciones.

Hemos indicado en un principio que donde los nacimientos ilegítimos abundan, los matrimonios son muy poco frecuentes. Así se ha comprobado en todos los países que tienen formada su estadística del movimiento de la población, y en cuanto á España, coinciden del tal modo las provincias donde ménos matrimonios se celebran con los de mayor número de hijos ilegítimos, que de las diez provincias que se hallan en el primer caso (las de Oviedo, Lugo, Pontevedra, Lérida, Orense, Coruña, Sevilla, Canarias, Cádiz y Tarragona), ocho figuran también entre las diez de más hijos naturales.

Asimismo hemos indicado que si bien el predominio del sexo masculino en los nacimientos es un hecho general y constante; este predominio es menor entre los hijos ilegítimos que entre los legítimos. En España se vienen registrando todos los años 107 nacidos varones por 100 hembras, y entre los hijos ilegítimos esta relación es solo de 104: 100. Análogas cifras ofrecen las estadísticas extranjeras.

Tal es el hecho. Sus causas podrán hallarse en las peores de vigor y robustez en que por sus vicios ó su mucha mayor edad suele encontrarse el seductor respecto á la mujer á quien deshouna, ó en el menor predominio en que también se halla el sexo masculino entre los nacimientos registrados en los grandes centros de población que con tan considerables cifras contribuyen á la total de hijos ilegítimos; pero no son aun conocidas, y es aventurado cuanto sobre el particular se afirme.

J. JIMENO AGÜS.

CLARY.

NOVELA INGLESA.

CARTA DEL BARONET BORSTON AL CABALLERO DIGBY

(Conclusion.)

Despiértome horrorizada: veo que la luz se estaba apagando, y oigo que Sir Brown me llamaba, diciendo:

—Abrid, señora, pues ya es tiempo de que partamos.... ¡Cómo! ¡No os habeis acostado....! ¡Habeis desconfiado de mí! A la verdad, me lisongecía que me hariais más justicia. Me ofendeis, (prosiguió con un tono de ternura) ¿Conque pensáis que todos los hombres son tan perversos y detestables como Mevil y Vickman? Creedme, señora, hay corazones sensibles; y vos menos que nadie habiais de rezelar de Brown. Estos son, (respondí) nuevos delitos de Milord, y su digno criado, pues,

me han puesto en la precision de juzgar por ellos del resto de los hombres; pero veo que me he engañado, y os pido perdon de esta ofensa. Estoy persuadida de que conocéis todo el precio de una accion virtuosa, y acaso ninguna lo es mas que la de proteger á una desventurada, que vivamente desea volver al seno de la virtud.

Nos sirvieron inmediatamente el thé; y habiéndonos puesto en camino al rayar el dia, llegamos muy temprano á la casa de campo de Lady Brown.

Esta dama, que habia sido muy hermosa, y que aún conservaba en su fisonomía aquella dignidad y dulzura atractiva, que puede llamarse la belleza de la virtud, y que no perece como las demás prendas exteriores, me recibió con aquel agrado que anima, y al mismo tiempo capta las voluntades. Su hijo la hizo una relacion circunstanciada de mis desgracias; yo le confesé sinceramente mis errores; y esta ingenuidad la conmovió de modo, que se dignó abrazarme, ó interesarse en mis infortunios.

Me detuve varios dias en esta respetable casa; y aunque los favores de que me colmaban Lady Brown y su hijo, empeñaba todo mi agradecimiento, no impedian que el impaciente deseo de ver á mis padres me molestase continuamente. Mi protectora fué la primera en advertirlo, y me hizo este discurso del cual me acordaré mientras viva.

No obstante el amor que os profeso, querida Clary, sería contra mi gusto el deteneros mas en mi casa. Me figuro que cansado Meyil de la inutilidad de sus indagaciones, habrá desistido ya del infame proyecto de estorbaros que volvais con vuestros padres: id, pues, mi querida hija á sus brazos. Raras veces al seno de un padre y de una madre, deja de ser el asilo de la tranquilidad, y de la virtud. Id á depositar en ellos vuestro llanto, y aquel arrepentimiento que os hace digna otra vez del afecto paterno. ¡Ay Dios! ¿No hemos de tener acaso alguna indulgencia para con nuestros hijos? ¡La naturaleza humana es tan debil! ¡Es tan facil que se extravie! El arrepentimiento despues de la felicidad de no haber nunca caido, es lo que hay de

mas apreciable en el mundo. La imprudencia ha sido la causa de vuestros errores, y la misma ha originado siempre la ruina de la mayor parte de las mujeres. Mi amada Clary (prosiguió estrechándome en sus brazos) creed firmemente, que la virtud no es una quimera: aquellos mismos que la ultrajan se ven precisados á respetarla en lo interior de su corazón. La pérdida de esta virtud no pueden repararla, ni las grandezas, ni la fortuna: solo el arrepentimiento (os lo repito) puede volverla quizá toda su pureza, y vos me pareceis penetrada de él. Es cierto que os habeis dejado seducir; pero Mevil es mil veces más deliciente, porque ha tenido la vileza de abusar de vuestra edad, y poca experiencia. El cielo tomará á su cargo vuestra venganza. El error que habeis cometido debe inspiraros una eterna desconfianza de vos misma. Sobre todo, hija mía, no tengáis á menos volveros á emplear en los trabajos del campo. Acordaos que este es el estado primitivo del hombre, y sin duda el mas inocente y honroso, pues solo cuesta nobles sudores, cuando los demás, no pocas veces, se adquieren á precio de su propia degradacion. Mientras los primeros hombres fueron agricultores, se mantuvieron sin envidia, sin ambicion, y amaron la virtud; mas el interés los estaba aguardando en las ciudades; y así, desde que se juntaron en ellas, desde que apartaron sus manos del arado, cesaron enteramente de cumplir con las obligaciones del hombre; pero bien sufren su merecido castigo, supuesto que ya no gozan de los placeres de la naturaleza. No ha sido un labrador, hija mía, quien os ha seducido: ha sido un Milord, uno de los Pares de la Gran Bretaña. Tened la noble franqueza de querer servir de ejemplo á vuestras compañeras, y conozcan éstas que la misma suerte las espera sino saben evadirse de las insidias que les preparan estos peligrosos seductores. ¡Llorais! ¡Ah! dejad correr con abundancia vuestras lágrimas, y esta expresion de dolor desarmará sin duda la ira del Ser Supremo. ¿Y cómo es posible que no conmueva á los hombres? Sí, no dudeis que no solo os perdonarán, sino que tambien lograreis todo su aprecio, pues os repito que no hay cosa que tanto entenezca como un sincero arrepentimiento.

Adios: dadnos frecuentes noticias de vuestra persona, y acordaos siempre que teneis en mí, y en mi hijo dos amigos que jamás dejarán de serlo.

Aquí acabó Lady Brown; y yo llorando me eché á los piés de esta virtuosa dama, quien levantándome al punto, me abrazó con toda la expresion de una tierna madre.

Estaba dispuesta ya mi partida; pero Sir Brown hizo que se retrasase algunos dias: sorprendiale de ordinario con los ojos clavados sobre mí, y llenos de lágrimas. Suspiraba frecuentemente, y como algunas veces buscasse la ocasion de tomar mi mano, advertia que la suya estaba trémula: otras queria hablarme, y solo tartamudeando pronunciaba mi nombre. En fin: despues de varias dilaciones y pretextos, llegó el instante de mi partida; y Sir Brown entonces era quien mas apesuraba, lo que antes habia procurado diferir con tanto empeño. Su madre, llena de aquella delicadeza que solo conocen las almas sensibles, temiendo que me avergonzaria, ofreciéndome algun socorro, tuvo la bondad de comprarme, por un precio excesivo á su valor, aquella sortija, que determiné vender al salir de casa del perverso Mevil. Me separé, finalmente, con muchísimo sentimiento de mi bienhechora, y fué inútil él instar á su hijo á que no se tomase la molestia de acompañarme, como se habia propuesto.

Muy poco habló Sir Brown en el camino; parecia oprimido de una oscura melancolia, y suspiraba profundamente. Como debiamos separarnos á tres millas de mi aldea, advertí, que al paso que nos ibamos acercando á ella, se aumentaba su tristeza, y no cesaba de preguntarme continuamente cuanto nos quedaba por andar. Llegados, en fin, al término señalado, di con las mayores expresiones de agradecimiento, vivas gracias á mi bienhechor por los infinitos favores que le debía: dejó al cielo (le dije) el cuidado de recompensaros de vuestra virtuosa accion, pues solo él puede pagaros por mí los beneficios tan grandes que he recibido.

—¡Con que ya vamos á separarnos! (respondió.)

—Es tiempo, al fin, que vuelva al seno de mis padres, para

derramar en él unas lágrimas, que salen de lo íntimo de mi alma.

Al despedirnos, tomó mi mano, que sentí bañada de llanto; me miró de un modo capaz de enternecer, y al tiempo que iba á hablarme cayó desmayado. Di un gran grito: acudieron á socorrerle las gentes de la posada en que estábamos, volvió en sí al cabo de pocos minutos: nos quedamos otra vez solos, y le expresé entonces la pena que este contratiempo me habia causado. Señora (respondió) dignaos sentaros, y escucharme: No queria (prosiguió, tomando una de mis manos) haberme manifestado; pero ya no he podido vencerme, y permitidme, que por la última vez que nos vemos, os descubra todo mi corazón.

Solo la humanidad, por decontado, hizo que acudiera á socorrerlos; luego vuestra situación me inspiró el afecto mas vivo y puro. El dolor y la ingenuidad que se descubría en vuestro rostro, aumentaban los atractivos de vuestra hermosura. ¿Cómo, pues, podía no respetaros, si desde el momento que os ví, os amé? Y así, mi amor, y no mi generosidad, fué quien procuró seros útil. Conocereis por esta confesion que no merezco, ni pretendo correspondencia alguna. Mi afecto se aumentó, de manera que toda mi satisfaccion se cifraba en veros, y oiros, cuando por un esfuerzo de honradez apresuré de improviso, como lo habreis reparado, vuestra partida, habiendo sido yo quien antes la habia diferido; y no lo extrañareis sabiendo el motivo que me estimuló á hacerlo. Mi madre, á quien amo tiernamente, ha determinado casarme con una prima mia, y el resistirme á sus ideas sería causarla una afliccion que no merece; por lo tanto, me veo en la dura precision de sacrificarme á sus deseos, casándome con una muger de su eleccion, cuando una feliz casualidad me habia proporcionado el encontrar aquella que el cielo acaso me habia destinado. Si, Clary, yo habria aspirado á reparar la maldad del infame Mevil, habria desagraviado en vos la virtud ultrajada; en fin, os hubiera ofrecido mi mano; pero ya no hay remedio: solo debo ocuparme en adelante en sofocar este amor; y me violento hasta el punto de no exigir de vos repuesta alguna, partiendo inmediatamente con la

esperanza, de que por lo menos tendreis lastima de mí.

No bien hubo acabado estas palabras, cuando se levantó precipitadamente, y montando en su caballo desapareció tan pronto como un relámpago.

Un proceder tan noble no podía dejar de inspirarme la mas grande veneracion hácia esta generosa familia; pero aun fué mayor mi sorpresa cuando me encontré en la faltriquera un diamante que me pareció de un valor considerable. Mi obligacion me sugirió inmediatamente lo que debia hacer; en efecto, mandé que me trajesen papel y tintero, y escribí una carta muy larga al generoso Sir Brown, en la que le suplicaba que me continuase su amistad, y que volviese á recibir su regalo, que me humillaba á sus ojos, y á los míos. Le decia, asimismo, que si todos los afectos de mi corazon, menos el amor, podian merecer su aprecio, todos sin excepcion estaban empeñados en favor suyo. ¡Ay de mí! (prosiguió la hermosa Clary) aun no conocia lo que era amor. Los primeros movimientos de mi corazon me habian engañado, porque solo la virtud es la que puede hacernos conocer el amor verdadero. Acababa mi carta, instando á mi bienhechor á que se prestase á los deseos de su madre, acerca del casamiento de que me habia hablado; y le repetia, que una desventurada como yo, debía desechiar para siempre todas las ideas de ternura, empleándose solo en llorar continuamente sus errores. Junté con la carta el diamante, y di el encargo á una persona de satisfaccion, que me proporcionó el párroco del pueblo, de que llevase á Sir Brown este pequeño paquete, advirtiéndole que le entregase en sus propias manos.

Ya me iba acercando á la morada que me habia visto nacer, y ¡qué tropel de reflexiones agitaban entonces mi imaginacion! La vergüenza, el placer el sentimiento, aquella dulce alegría que cualquiera experimenta al acercarse al lugar de su nacimiento; todos estos encontrados afectos tenian repartida mi alma: me figuraba ver á mis respetables y ancianos padres, que cediendo á mis lágrimas me recibian otra vez en sus brazos y me imaginaba que ya me hallaba en el asilo de la pobreza y de la inocencia. Aquella miserable cabaña donde habia nacido,

y donde me criaron en el seno de la virtud, volveria á ver á la desventurada Clary bien diferente, de aquella que en tiempos mas felices era citada en la Aldea como el modelo de la honestidad y prudencia. Me linsojeaba la idea de que á lo menos moriría donde habia nacido, si mis pesares hubiesen acabado conmigo.

Engolfada en estos pensamientos, pregunté por mis padres á un hombre que salía de mi pueblo, y supe, ¡ay Dios! que éstos desventurados habian abandonado su casa, hallándose inconsolables porque me habian perdido, y llorando mi vida, sin duda mas penosa para ellos que mi muerte: ¡infeliz de mí! (prosiguió sollozando profundamente.) No he podido encontrar mas á estos queridos, á estos idolatrados padres, ni saber noticia de ellos: ¡ah! ya no volveré á verlos mas, no volveré á verlos mas; su dolor les habrá quitado la vida, porque amaban la virtud, y la religion: ¡y yo aun respiro!

Me esforzé, amigo mio, á calmar el profundo dolor que volvía á avivarse en el pecho de Clary. ¿Por qué perdereis la esperanza (la dije) de encontrar vuestra familia? La virtud desventurada, ó presto, ó tarde siempre logra su recompensa..... ¡Ah! (interrumpió) esto es lo que me parte el corazon: si no hubiera faltado á esta virtud, que apreciaba al tiempo mismo que la ofendía, soportaría mis males con resignacion: todo lo esperaría del cielo; pero como soy delicente, éste me castiga, haciéndome experimentar todo el rigor de su ira.

Tomé otra vez (continuó Clary) el camino que habia andado, volviendo incesantemente la cabeza, y mirando aquella Aldea, de la que mis ojos no podian apartarse: en algunos momentos me parecia distinguir nuestra humilde casa, y ¡ay de mí! cuanto me affigia este penoso engaño!

Finalmente, tuve fuerzas bastantes para llegar hasta este sitio, donde me empleo en los mas humildes oficios, si acaso hay alguno que pueda graduarse de bajo, despues de la humillacion y oprobio con que he manchado hasta la memoria que quedará de mí despues de mi muerte. El vicio es el verdadero envilecimiento. ¡Quiera el cielo que me vea reducida á la clase

mas despreciable; y ojalá de este modo logre espiar mis errores! Una especie de consuelo me resta en mi infortunio, y es, que hallándome en la edad de solos diez y ocho años, he tenido fuerzas para no aguardar á un tiempo en que no se puede decir que hemos abandonado el vicio, sino que el vicio nos ha dejado á nosotros. Viviré..... y moriré ahogada en lágrimas; y acaso la veracidad y grandeza de mi arrepentimiento, me harán menos culpada á los ojos del Juez Supremo, á quien he ofendido, pues ya no puedo linsojearme de que recobraré el aprecio de los hombres, y la estimacion de mi misma: solo Dios puede perdonarme: si por lo menos pudiera lograr la dulce satisfaccion de abrazar una vez á mis padres, de regar con mi llanto su respectable rostro, de ser el alivio de su vejez..... Mas, ¡ay de mí! ¿por qué me alimentaré continuamente con una esperanza engañosa? ¿Puedo acaso dudar, que yo habré sido la causa de su muerte, pues estos infelices no habrán podido resistir á la idea de mi deshonor? ¿Pero que digo? Ellos mismos habrán participado de esta mancha vergonzosa. Yo, pues, les he dado la muerte en pago de haberme dado la vida, y en recompensa de tantos beneficios como he recibido de su incomparable ternura. No dudo ya, que se verificó la terrible catástrofe que ví en sueño. Sí, ellos han recibido estas heridas de una hija, y de una hija á quien amaron con tanto extremo.

Este exacto y fiel relato os expone mi obligacion, y la que vos debeis escuchar: no puedo ser vuestra..... os amo, lo confieso, y esta es para mí una nueva desgracia. Restableceos, pues, sed mi amigo, mi protector, y dignaos honrarme con vuestros consejos; tened lástima de mí, pero desistid para siempre de un proyecto, que solo puede perjudicarnos á los dos: dejadme llorar eternamente la pérdida de aquellos derechos de que goza la virtud, á pesar de todos los contratiempos que suelen acrisolarla. Os repito nuevamente que no puedo ser vuestra, y así me aparto de vos al momento, considerando que no teneis razones para oponer á las mias..... Vámonos Susana, volvamos á nuestra morada.

Quise detenerla, amigo mio, pero no pude conseguirlo

porque salió inmediatamente de mi cuarto, dejándome en poder de un confuso tropél de afectos, que inutilmente intentaba conciliar unos con otros. Mi alma se hallaba combatida de varios modos y de encontradas ideas. Por de contado aquellos vulgares principios que se adquieren en la sociedad, me obligaban á que mirase á Clary como una jóven, que sin embargo que no habia cometido sino un solo error, debia sufrir por toda su vida el castigo de él, y era necesario separarla del número de aquellas mugeres, que al abrigo de unos vinculos sagrados suelen impunemente entregarse al vicio sin temor de deshonorarse.

Mirando á Clary bajo de este aspecto, ciertamente se mostraba digna de que todo el mundo la desechase; pero yo me atrevía á consultar la razon, y reflexionando con mas acuerdo, no veía sino una infeliz que habia sido el juguete de la seducción, y de la maldad, y que estaba abandonada á las borrascas de una edad inconsiderada y ciega. Contemplaba á esta criatura arrepentida ya, y vuelta al seno de la virtud en unos años en que sus atractivos estaban en su mayor colmo. ¡Que cuadro ofrece una hermosura que tan jóven sabe apartarse de todo lo que puede lisonjear su amor propio, y su vanidad; que tiene valor para sumergirse en el estado mas bajo, y en la mas profunda miseria, y que se halla penetrada de un sincero arrepentimiento, y atormentada de los remordimientos mas crueles! Esta pintura quedó gravada indeleblemente en mi alma..... Formé mi resolución, deseché las dudas, y escribí estas pocas letras á mi soberana.

«Ya estoy resuelto, mediante que os hallais penetrada de
»un verdadero arrepentimiento, que estimais la virtud, y me
»amais, y que quien conoce todo el precio del honor le tiene
»recobrado; mi razon se decide en vuestro favor; esto es deciros,
»que sereis mi esposa, y que no es posible que pueda casarme
»con otra.»

¡Que repuesta recibí! Es las que sigue:

«Es cierto que os amo; pero en pago de mi ternura me privais de mi felicidad, de aquella escasa felicidad, de que toda-

»vía me era permitido gozar. La amistad consoladora es quien
»puede enjugar mi llanto, y vos me quitais este dulce alivio:
»Pero ya no me vereis mas, pues mi obligacion me precisa á
»que huya de vos. Abandono por lo tanto el retiro que habia
»elegido, en el cual os presentateis á mi vista. Esto es hecho: A
»Dios para siempre. ¡Qué! ¿Podria yo ser vuestra esposa, yo que
»no merezco la suerte de unirme ni siquiera con el mas despre-
»ciable de los hombres? No: mi afrenta solo debe quedar para
»mí, y vos habeis de conservar toda la pureza do vuestro honor.
»Quien sabe arrepentirse sabe morir; y no es en este mundo
»donde conviene que nos veamos unidos. Todo lo que puedo
»ofreceros es el pesar, que me causa el no poder ser vuestra
»consorte; mi aprecio y mi amor, este amor que ciertamente no
»es digno de vos, pero que sabe sacrificarse. ¡Ah! ¿por qué la
»gratitud no es el solo afecto que experimento? Mi ternura me
»ha obligado á este paso..... que me costará la vida? ¡Que no
»pueda hacerlos un sacrificio de mas valor!»

Corro inmediatamente á la casa de los huéspedes de Clary, y los hallo sumamente consternados, porque esta habia desaparecido, habiéndoles dejado antes algunos cortos regalos. No cesaban aquellas buenas gentes de ponderar sus excelentes cualidades, y de llorar la pérdida que habian tenido. Me repetian continuamente, que un Angel no podia tener mas candor ni mas amabilidad: El padre, la madre, los hijos y todos sentian extremadamente haber perdido á mi amada Clary. Haciendo que me refiriesen las mas mínimas circunstancias que tenian relacion con ella, me dijeron que habia llorado muchísimo, pronunciando varias veces mi nombre. Considera, querido amigo, cual seria mi situacion. Mi alma recorria en cierto modo todos los caminos por donde podia haber pasado Clary. Hice varias indagaciones, que fueron inútiles, y no dejé aldea, ni lugar alguno de aquellos contornos que no recorriese. Ya podrás figurarte que Dorset estaba enterado de todo.

Un dia al anochecer, caminando solo á caballo, y oprimido de fatiga, y del mal exito de mis diligencias, me aparté del camino real, y me apeé á la entrada de un bosque. A poca dis-

tancia descubrí una miserable cabaña de donde salía una débil luz, y no sé qué interior impulso me estimuló á acercarme á ella. Oí entónces una voz, que medio apagada proferia estas palabras:

—¡Padre mio! ¡mi amado padre! ¡Es posible, que todavía pueda costaros lágrimas? ¿y á vos tambien madre mia! Os he ofendido queridos padres, he deshonrado vuestra vejez, por lo tanto es justo que muera. ¡Ay de mí! Solo deseaba ser vuestro consuelo y alivio. ¿Me perdonais?

—¿Qué hablas de perdon hija mia? Abrazanos, y espera en el cielo que te volverá tu salud: nosotros sí, que moriremos pronto; quisieramos á lo menos dejarte mas feliz; pero solo te dejaremos nuestra miseria á pesar de que tanto te amamos.

—¡Me amais tiernos padres míos! ¿Soy digna acaso de vuestre amor? No, solo merezco vuestra compasion: Sí, la merezco. ¡Qué no podais ver mi corazon! Es inútil que os esforceis en conservarme la vida, pues mi arrepentimiento me lleva indispensablemente al sepulcro. Tambien otro motivo que le sabreis un dia, es causa de mi muerte: Solo os pido una gracia.

—¡Una gracia querida hija! ¡Ah! no te detengas: habla, pide lo que quieras; todo lo que está en nuestro poder; pero ¡Ay Dios! bien poco podemos.

—Despues de mi muerte entregareis esta carta: no será difícil que podais saber donde vive Lord Dorset, y en su casa hallareis al cababallero á quien se dirige, que se llama Borston.

Abro la puerta con precipitacion, y entrando en la cabaña veo á una muger, que muribunda en un miserable lecho, tenía una carta en la mano. Un anciano llorando la cubria el rostro con sus canas: otra muger de avanzada edad la estrechaba la mano entre las suyas, y ella misma estaba desecha en lágrimas. Corro hácia ella, tomo la carta; y ahora antes de proseguir mi narracion voy á trasladarte lo que contenia:

«Hombre respetable, y muy diferente de vuestros iguales: »Os dirijo mis últimos suspiros, y supuesto que recibireis esta »carta cuando ya no existiré, puedo explayar en ella mi alma,

»sin temor de que quede dudosa mi verdad y franqueza. Sabed,
»pues, Borston, que vos no teneis poca parte en mi muerte. He
»querido huir, porque mi obligacion lo exigia, y porque no po-
»dia admitir vuestra mano. Me habeis hecho conocer cuantas
»penas y aflicciones acarrea la pérdida del honor: he respetado
»el vuestro, y no he podido sobrevivir al dolor de no poder go-
»zar mas de aquellas conferencias en que mi alma recobraba en
»cierto modo sus fuerzas, su pureza, y su inocencia. Al morir
»os doy la prueba del mas vivo afecto, mediante suplicaros co-
»mo mi amigo, como mi unico amigo, que dispenseis algunos
»de vuestros benéficos favores á mis pobres padres. Ahora es
»cuando sacrifico mi amor propio á la satisfaccion de llevar
»hasta el sepulcro la dulce idea de que sereis mi bienhechor,
»siendolo de unas personas que amo con el mayor exceso. ¡Ay
»de mí! Yo he sido la causa de sus desgracias. Mi error, ó diga-
»mos mas bien, mi maldad los ha estorbado que pudiesen cuidar
»de su corta hacienda: Estos pobres ancianos que nunca
»han tenido de que avergonzarse sino de haber dado la vida, se
»vieron sonrojados por causa de su hija, y vinieron á habitar
»esta miserable cabaña para sepultar en ella su honrosa pobre-
»za y su afliccion. Aquí los encontré sumergidos en la mas pro-
»funda miseria, me arrojé á sus plantas, y se dignaron abrimme
»su seno, y repartir conmigo el escaso pan que su pobreza les
»suministraba para que le bañasen con sus lágrimas. He lo-
»grado antes de morir la dulce satisfaccion de estrechar á mi
»seno los queridos autores de mi vida, y de proferir los nombres
»de padre y de madre. Esto os traerán á la memoria la desven-
»turada Clary, y no dudeis que mi alma os quedará agradecida
»por todos los favores que os debieren. A Dios para siempre,
»querido Borston. Y en fin: ¿no es la muerte acaso una felicidad
»para una miserable criatura desechada del universo todo, y
»quizá aun del cielo; y que ha perdido lo que podia merecerla
»el aprecio del hombre que ella hubiera amado mas en el
»mundo?»

¡Ah! (exclamé) ¡mi querida Clary! Absortas y llenas de sor-
presa quedaron aquellas buenas gentes, y Clary al abrir los

ojos cayó desmayada. No puedo, querido amigo, explicarte todo lo que sentí; pero conoces la dulzura de la sensibilidad, no será difícil que comprendas enteramente mi situación. Proseguí, pues, con toda la expresión del amor: sí, querida Clary, seréis mi soberana y mi esposa; ya lo sois de mi corazón. Uniéndome con vos, me úno con la virtud; á ésta recompensaré, á esta adoraré en la persona de mi amada Clary, y esta me hará enteramente feliz. El incurrir en flaquezas es propio de la humanidad; pero el hacerse superior á ellas por medio de un verdadero arrepentimiento, es constituirse acreedor á aquel aprecio y estimación que merece la virtud mas irreprochable: y vosotros (dije al anciano y á su consorte, que estaban á mis pies, y á quienes instaba á que se levantasen) vosotros ocupareis el lugar de mis padres: seré vuestro hijo, y no cederé á Clary en el esmero de amaros, y de ser el alivio de vuestra vejez.

He aquí, pues amigo, el estado en que me hallo. Mi presencia sacó de los brazos de la muerte á Clary, quien persiste continuamente en negarme su mano, poniendome delante de los ojos la humildad de su condición, la tacha de un error, que llama indeleble, y la vergüenza que la persiguiria hasta en mi seno mismo. Pero la ha declarado, que mi reposo y mi vida dependen de su resignación á mi voluntad, y me he atrevido á imponer leyes á mi soberana. Nos hallamos actualmente en casa de Lord Dorset, donde se está disponiendo la boda. Es cierto que es familia digna de todo respecto, no cuenta entre sus antepasados ninguno de aquellos ruidosos y brillantes varones que se han hecho famosos por las vergonzosas tramas, de que se han valido para corromper votos, y facilitar otras maniobras que los hiciesen diputados de alguna Ciudad, ó los pusiesen en cualquier otro lugar eminente, de donde el mundo pudiese ver mejor sus vicios; pero descende de padre en hijo de honrados labradores; que han sido siempre en su Aldea el ejemplo de la probidad y de la virtud. Por otra parte mi idea es pasar mi vida en el campo: ya bastante he vivido para los demás, y es tiempo que viva para mí, y que me dirija solo por mi

razon. El estudio de la naturaleza y de mí mismo me indemnizará sobradamente de aquellas fastidiosas concurrencias, que para aliviar el peso de su ociosidad se entretienen á costa de la agena estimacion. No vale mas la sencillez y franca alegría de las rusticas veladas, que todas aquellas floridas tertulias, donde solo se aprende el arte de variar el tedió y desabrimiento de una desocupada é inutil existencia; y donde la condescendencia servil y la falsedad se llaman espíritu social y política? Mi esposa conocerá mejor que otra alguna la importancia de sus obligaciones. Tal vez de una flaqueza nace una infinidad de virtudes. Cualquiera que haya cometido una debilidad, está mas sobre sí, y camina con mas precaucion para no caer nuevamente. Estoy seguro, que si Clary llega á ser madre, amará á sus hijos, los criará con esmero, y me estimará eternamente; pues el agradecimiento, delicioso placer de las almas puras y sin orgullo, se juntará en su corazon con el amor. Confieso que en algunos momentos vuelvo á tomar mis cadenas; me sujeto al yugo y sigo otra vez el camino de las preocupaciones al lado de aquellos insensatos, que el hombre juicioso debe despreciar. Me parece oír desde aquí las bablillas de Londres..... Pero zumben y censurenme cuanto quieran: reconcentrándome en mí mismo, oigo solo la naturaleza, la verdad y la obligacion, y estas son las voces que debo escuchar. ¿Puedo por ventura dudar, que Clary ha vuelto á la virtud? ¿por qué, pues, no ha de lograr la recompensa de accion tan generosa? ¿El verdadero arrepentimiento no es acaso la expiacion mas ilustre de las culpas? ¿Y la mayor de todas las satisfacciones, no es por ventura la de ser justo y benéfico? Ya que nos atrevemos á decir, qué somos imagenes de Dios, procuremos imitar su bondad, ó no nos gloriemos de tan honrosa semejanza. Habla amigo: ¿Qué es lo que he de hacer? ¿Qué me aconsejas?

RESPUESTA DEL CABALLERO DIGBY.

¿Qué has de hacer me preguntas? ¿Es posible, que siendo animoso y prudente, necesites en este caso mis consejos? Casarte inmediatamente con Clary; hacer lo que haria en tu lugar un ser superior á la especie humana; volver á esta desventurada todo su honor, haciendo que participe del tuyo: en una palabra, esfuerzate á imitar á la Divinidad, de la cual somos una débil semejanza, perdonando, y haciendo bien á ejemplo suyo. Solo de este modo puede comprobar el hombre que es imagen de ella; y no dudes que tu respetable modelo obraría del mismo modo. Supuesto que estás seguro que Clary llora sinceramente sus errores, y que no intenta engañarte, debes recompensarla por haber tenido bastantes fuerzas para apartarse del vicio en una edad en que ella podia darle algun atractivo. A mí me parece, que es una muger verdaderamente de bien; y estoy seguro de que su alma nunca ha sido manchada. ¿Sabes tú quien merece el desprecio público? El hombre vil que sedujo su inocencia: éste es quien es digno del mas riguroso castigo, y de que se le condene al oprobio y á un eterno suplicio. Hablas de retirarte al campo con tu esposa, y tus nuevos parientes: guardate bien de hacerlo: ¡Qué! ¿tienes miedo? ¿Pienasa acaso que cometes alguna accion criminal? Ya que tienes valor para vencer y despreciar una preocupacion bárbara y absurda, vén á Londres, y en presencia de toda Inglaterra haz alarde de ello: ven á manifestar todo el valor de que tu alma sublime es capaz: Anímate, y tén entereza de hacer vér á estos entes estúpidos, que se llaman hombres, solo porque tienen este nombre, que hay quien sabe elevarse sobre ellos, apartando-

se de la senda comun que pisan, trillada solamente por el espíritu servil de imitacion, y por la feróz ignorancia, Hazte cargo, amigo mio, de todo el bien que haces á la humanidad. Págas por de contado virtud con virtud; y solo este precio es digno de ella: devuelves toda su nobleza á un alma, que se creia degradada á sus propios ojos, porque lo estaba á los de la ignorante y ciega muchedumbre, que casi nunca acierta en sus juicios. Haces mas, Borston: apartas del contagio del vicio á una infinidad de hermosas criaturas, que por medio de este ilustre ejemplo conocerán, que la virtud tiene en la tierra sus placeres, y tendrán esperanza de encontrar otros corazones tan rectos y nobles como el tuyo. Llenate mi querido amigo, llenate de tu felicidad. Ya estoy deseando el momento de estrecharte en mis brazos á tí, y á esa buena gente, y daros la enhorabuena. ¡Ah! ¿Sientes tú todo el exceso de júbilo que vas á causarles? Tu les devuelves su hija y su honor; reanima su vejez, y siembras de flores los postreros pasos de su carrera; ¡Mal haya el alma corrompida que no se conmueva á la vista de tu noble proceder, y que no participe de tu satisfaccion! Tú sí que eres mas héroe que aquellos guerreros, instrumentos de estragos y muerte, cuyas acciones solo dirige una gloria falsa: á tí te circunda todo el resplandor de la verdadera. Si Londres fuese tan injusto ó débil, que te negase aquel aplauso que mereces, no temas, amigo mio, pues hay con que pueda indemnizarte: consulta tu corazon; él te dirá que has hecho una accion virtuosa, y en este caso debe bastarte su voto: yo tambien te doy el mio, y ya no ignoras, que suelo concederle con mucha dificultad: por otra parte, la virtud no necesita salir de sí misma para procurarse una completa satisfaccion; pues su propio aprecio es la única recompensa que apetece merecer; y quizá la sola que puede darnos un placer puro y sencillo. ¡Ah Borston! ¿Qué placer equivale á la tranquilidad interior? En fin, vuelvo á repetirlo: ¿cómo obraria en igual situacion una criatura, que fuese de una calidad superior á la del hombre? Obraria como tú haces; y con esto cumpliria con su obligacion. Encuentro á Lord Dorset mas calificado desde que aprobó tu

designio. Sé que algunos han osado suscitar dudas acerca de su nobleza; y hé aquí un título, que puede oponer á sus enemigos, y que segun mi modo de pensar, vale mucho mas que todas las antiguas ejecutorias de nuestros Pares de Escocia. ¡Ah, amigo mio! Es necesario ser hombres antes que ser grandes. Ea pues; ya te estoy aguardando: apresurate á venir: esta infeliz tierra tiene necesidad de ejemplos, pues hay muchos habladores, muchas monas, y muy pocos seres que piensan. Tú solo eres el filósofo verdadero. ¡Cuán harto y cansado estoy de leer tantas cosas elegantes acerca de la moral, y vér al mismo tiempo tan pocos de sus preceptos puestos en práctica! Bors-ton no creas á los charlatanes ni á la apariencia: yo abro los odres cerrados por Ulises, y hago que salgan los vientos. (1) ¿Cómo dejarás corridos á algunos hombres casados con mugeres que profanan el sagrado título de esposa! Estas sí que son dignas de un eterno vilipendio. ¿Por ventura harás caso de las necias habladurías de estos Pigmeos de la Gran-Bretaña? Deja que estos relucientes insectos sumben cuanto quieran, y envialos con toda su mordacidad y estupidez, á que se miren en el espejo de sus dignas consortes. Yo te doy mi palabra que Clary quedará vengada. A fé que estoy deseando conocerla, y daros á los dos un abrazo. A Dios, hombre apreciable. ¡Cuánto me tiene absor-to tu accion vigorosa! A la verdad, ésta no es una de aquellas virtudes ociosas que se envanecen de su flaqueza, así como un poder débil, que no haciendo bien alguno en este mundo, se se llena de vanidad porque no hace mal á su prójimo. Nuestro *Club* (2) te envía mil expresiones, y ya hemos bebido un centenar de *toast* (3) á la salud de tu esposa: manda á tu verdadero emigo, que de todo corazon te quiere.

DIGBY.

(1) Alude á la fábula de Ulises, que soltó los vientos, que encerrados en odres se había entregado Eolo, Dios de ellos.

(2) Juntas, ó tertulias de amigos muy comunes en Inglaterra.

(3) Expresion jovial, que quiere decir: hemos bebido brindando cien veces á la salud de tu esposa.

P. D. Ya se ha esparcido en Londres la noticia de tu casamiento, y he notado, que al principio todos quedan admirados. Hay entre el tropél de los debiles una infinidad de hombres de bien, cuyo juicio está fluctuando é indeciso: éstos descubren en tu accion algo de su modo de pensar, y pueden compararse con aquellos ciegos, que habiendo sufrido la operacion de las cataratas, no se acostumbran sino por grados á ejercitar su nuevo sentido. Aquellos mismos que presumen que vén, tienen muchas veces los ojos delicados, y asi su vista débil no alcanza muy lejos. Por otra parte, amigo mio, la luz de la razon no ilumina sino poco á poco, y solo con el tiempo nos acostumbramos á resistir todo su resplandor: vén, pues, y acabarás de sanar á estas gentes de corto alcance. Milord Hámsón dice, que daría mil de esos individuos, que se llaman mugeres de garbo, por una sola Clary. Me figuro vér acallada muy pronto la mordacidad de nuestros criticos chocarreros; ¡y de qué utilidad no será tu ejemplo, llegando á ser mirado con seriedad y reflexion!

Acuerdome ahora de tus parciales, pues ya tiene algunos que reñirian hasta la última sangre en tu favor, y no quiero cerrar esta carta sin hacerte saber una cosa muy singular. Por una casualidad he conocido aquí á tu Sir John Brówn, quien me ha confirmado todo lo que me has escrito acerca de él. Te aseguro que es el campeon declarado de tu futura esposa, y está pronto á entrar en campo de batalla para desmentir en favor suyo á los tres Reynos: nunca cesa de hacer sus elogios. Me ha contado que creyó morir despues que se hubo separado de ella. Ya está casado; y lo mas admirable es, que su esposa ha concebido un cariño igual al suyo hacia esta jóven, á quien dán el nombre de angel de virtud y hermosura. Te aguardan los dos con impaciencia, y están disponiéndote una funcion: ¿crees tú, que yo seré el último en concurrir á ella para obsequiarte?

B. D'ARNAUD.

MISCELÁNEA.

Hemos recibido un atento oficio de la Sociedad artístico literaria denominada «Admiradores de Cervantes» solicitando nuestro apoyo, y dispensándonos el título de socio honorario.

Damos las gracias por esta deferencia y desde luego ponemos á su disposicion esta REVISTA.

MORDEDURAS DE VÍBORAS.

La mordedura de las serpientes venenosas es con razon muy temida, pero respecto á las mordeduras de las víboras, se ha exagerado comunmente el peligro. Una víbora de mediano tamaño no contiene en sus vesículas más que ocho ó diez centigramos de veneno, cantidad que no es suficiente para producir la muerte á una persona, y como además seria preciso que la víbora mordiese muchas veces para vaciar todo el veneno contenido en sus vesículas, puede un hombre recibir la mordedura de tres ó cuatro de estos animales sin peligro de muerte.

El específico más general para este veneno es el álcali volatil; á falta de álcali, el mejor medio que puede emplearse es el de la succion de la llaga, que es el que emplean los indios,

pero es preciso antes y después de la operación enjuagarse la boca con aceite.

Aun hay otro remedio que, según el resultado de muchas experiencias, se asegura que es más eficaz que el álcali volátil generalmente recomendado. El percloruro de hierro á un estado de concentración de 32 grados Baume, vertido sobre las mordeduras de los insectos, detiene inmediatamente el efecto del veneno. Un pequeño frasco de este líquido, debe, pues, formar parte de la farmacia de bolsillo del cazador y del via-



PICADURAS DE ABEJAS.

La abeja es una clase de insecto conocida de todo el mundo por el producto que de ella se saca y por su picadura. Casi todos estos animalitos están armados de un aguijón oculto, móvil y afilado terminado por pequeños dientes en forma de sierra, visibles con el microscopio. Este aguijón tiene una ranura que facilita el derramamiento de una sustancia acre contenida en una bolsa situada en la base del aguijón y en la parte inferior del abdomen del insecto. Cuando la abeja pica, se comprime la bolsa con los músculos que la unen al aguijón y el veneno pasa por el canal de este aguijón á la herida.

La picadura de la abeja causa casi siempre un dolor vivo, sobre todo cuando es en la cara, y produce un pequeño tumor encarnado y duro, que termina por resolverse al cabo de algunos días.

El macho está desprovisto de este péfido aguijón que queda frecuentemente en la herida después de la picadura. Una picadura aislada no tiene nada de grave, pero no sucede lo mismo cuando son en gran número; entonces sobreviene una hinchazón erisipelosa, fiebre, y algunas veces síntomas generales de mucha gravedad. Se citan algunos casos de muertes

de individuos que habian cometido la imprudencia de acercarse bruscamente á una colmena.

Se calma la desazon ocasionada por la picadura de las abejas estrayendo el aguijon, que puede haber quedado en la herida. Para esto se corta con unas tijeras todo lo que sobresale y despues con una aguja muy fina se saca el dardo. Inmediatamente se lava la parte dañada con agua que contenga amoniaco, vinagre ó extracto desaturno. Si se presentan síntomas inflamatorios, se debe llamar á un médico.

Si una abeja se introdujese en la garganta ó en el conducto que conduce al estómago, seria necesario beber inmediatamente agua salada, á fin de evitar los accidentes que podian ocasionar las picaduras del insecto. La abeja puede luego pasar al estomago sin ningun peligro.

BOLETIN BIBLIOGRAFICO.

Hemos recibido los cuadernos 1.º al 3.º del *Diccionario doméstico* que con el título de *Tesoro de las familias ó Repertorio universal de conocimientos útiles*, está publicando en la actualidad la acreditada casa editorial de D. Carlos Bailly-Bailliere.

La importante obra de que nos ocupamos está redactada por el conocido escritor D. Balbino Cortés y Morales, y contendrá como su título lo indica, un repertorio completo de cuanto más útil y necesario existe en la vida bajo el punto de vista de la industria, la agricultura y las perentoriedades domésticas.

Abrazará pues, este libro, usando la forma alfabética, lo cual facilitará mucho las consultas, los ramos expresados y además contendrá más de 4.000 fórmulas, preceptos ó recetas de fácil ejecución sobre labranza, horticultura, arboricultura, clasificación botánica de las plantas, crianza ó cebamiento de animales, administración rural, conservación de alimentos, preparación de dulces, conservas, mermeladas etc., arte de hacer el pan, los vinos, la sidra etc., manual práctico de cocinas y repostería etc., y muchas más que no podemos mencionar por su extensión.

Es indiscutible como se vé la utilidad de esta obra que se recomienda por sí, y que la hace asequible á todas las fortunas lo reducido de su precio, pues formando un gran tomo en cuarto de 2.288 columnas, cuesta 20 pesetas en Madrid y 22.50 céntimos en provincias, franco de porte.

Recomendamos á nuestros lectores la adquisición del *Diccionario doméstico* y despues de felicitar al Sr. Bailly-Bailliere por la constancia con que viene trabajando en pró de los intereses materiales y morales de nuestra pátria, le damos las gracias por su amabilidad en remitirnos la obra de que nos ocupamos.

DIRECTORES PROPIETARIOS,

ENRIQUE RIVAS.

JOAQUIN M.^a VERDUGO.
